



Libro de regalo (12), 1983, tinta sobre papel, 32.4 x 25.1 cm

AUTORRETRATO

Andrea Zanzotto

Traducción: Ernesto Hernández Busto

Hablar de uno mismo implica, por supuesto, algunas distorsiones; tenemos de nosotros mismos una imagen que obviamente corresponde muy poco, casi nada, a nuestra realidad. En cualquier caso, cuando se intenta hablar de un itinerario que ha tenido la pretensión de vagar por los alrededores de la poesía, la posibilidad de las distorsiones crece, podría decirse, al infinito. En este aspecto me siento bastante disculpado, puesto que no he “mirado” nunca algo que tuviese contornos precisos cuando creía referirme a la “poesía”: pero no podía no pensar hacia “allá”, incluso cruelmente, a la sombra de una impotencia. Sin embargo, me alegra recordar ciertos momentos, muy lejanos, de la primerísima infancia: experimentaba algo infinitamente dulce escuchando cantilenas, retahílas, pequeñas estrofas (también aquellas del tipo *Corriere dei Piccoli*) no cantadas, sino pronunciadas o simplemente leídas, en relación con una armonía ligada justamente al propio funcionamiento del lenguaje, a su canto interno. Tengo una percepción en extremo viva y actual de esas lejanías en las cuales tomó forma para mí una vaga, inaferrable, “idea” o “presencia de poesía”. Mi abuela paterna, a quien debo una gratitud particular, me insistía sobre el hecho de que esos sonidos de la lengua no eran canto en el sentido más común de la palabra, eran precisamente poesía. Y la abuela, dotada de aquella cultura entre popular y clásica que antes se encontraba a menudo, incluso en los estratos llamados “inferiores” de la población, me recitaba las estrofas de Torquato Tasso (tradicción típicamente véneta: recuérdese que también los gondoleros cantaban a Tasso). Esta armonía del toscano ilustre se filtraba en mí como un verdadero sueño, una verdadera droga fónica, junto con fragmentos de otras

lenguas, verdadera xenoglosia, sobre el “continuum” un poco “silvestre” del habla dialectal. Recuerdo, además, la profundidad de algunos estados de ánimo, tan ricos que aún hoy, cuando mi pensamiento se les acerca, puede sacar algo; estados de fertilísimo estupor en relación con la naturaleza, el paisaje, lo viviente, todo aquello que me circundaba. Particularmente en ciertos instantes experimentaba una febril y estremecedora ebriedad del existir al ser capaz de contemplar algunas cosas, por participar, más bien, en su vida secreta. Casi podía sentir cómo emanaba, de una hoja, de un árbol, de una flor, de un paisaje, de un rostro humano, de una presencia cualquiera, y más tarde, también de un libro, una corriente de energía, un sentimiento de correspondencia esperada por mí; había una especie de circulación entre mi interioridad y ese mundo externo hecho de “puntos candentes”, de vetas o de pozos, preeminencias en todo caso. De allí me llegaron los fantasmas insistentes que me han empujado hacia la poesía. Y llegados a este punto, debo repetir que, según mi opinión, la poesía es ante todo un incoercible deseo de alabar la realidad, de alabar al mundo “como existente”. La poesía es una especie de elogio de la vida como tal, justo porque es la vida misma que habla de sí (de algún modo); habla a su manera, quizás de manera equívoca; de todas formas, la vida, la realidad, “crecen” en la alabanza, generándola y esperándola conjuntamente. Pero a través de la poesía no se adelanta sólo una alabanza (sentimiento y concepto que encontramos en toda una tradición poética); se experimenta una verdadera “verificación” de la realidad. ¿En qué sentido? La realidad se manifiesta muy temprano, incluso al niño, en la tragedia de sus contradicciones; deja incluso entrever su nulidad final; pero siempre tiene instantes (que no son de hecho “raros” o “privilegiados” porque pueden sorprendernos en cualquier momento, incluso en lo más profundo del estancamiento depresivo) en los cuales revela la propia dignidad absoluta, o mejor, la propia “dignidad” de existir, que tiene razones únicamente en sí misma,

todas por evidenciar y nunca del todo evidenciables. La poesía, en cierto sentido, verifica la realidad, juntándose a la alabanza de la realidad, que se hace tan fuerte que se convierte en prueba de resistencia, en prueba de valor. Naturalmente, todo esto puede parecer relacionado también con una forma de narcisismo y de “consuelo” autístico, puesto que alguien colocado en una posición parecida frente a la realidad, no tomaría en cuenta la interioridad y las situaciones de otros hombres, de aquellos que están a su alrededor. Pero si bien es cierto que Narciso es el primer modo de aparición de la existencia a sí misma, luego tiende a superarse fundando algo diverso. Y sobre este primordial autoconsuelo habría “mucho” que decir: ella es el “mucho”, el abundar. Ese monólogo anhela, de hecho, abrirse en un diálogo, del mismo modo que la simple alabanza tiende a transformarse en verificación que puede y debe servir a alguien, a todos, a todo. Mi infancia fue, bajo este aspecto, rica, aunque no feliz; y en la ola de estas emociones fui presa de fenómenos terriblemente depresivos. Sobre todo creo que influyó negativamente sobre mi infancia y sobre mi adolescencia el infiltrarse progresivo de una idea seguramente aberrante: la de la imposibilidad de participar activamente en el juego de una vida puesto que sería rápidamente excluido. Yo sufría de varias formas de alergia y en aquella época el diagnóstico podía ser bastante confuso, dudoso. El asma, la alergia, que me atormentaban desde pequeño eran a veces interpretados como hechos que podían agravarse, en teoría, a corto plazo. Entonces yo fantaseaba, me veía como presa de las más lóbregas enfermedades y disminuciones; pensaba que no habría vivido “bastante” tiempo, de seguro no tanto como para expresar aquello que sentía. Vivía en una extraña duplicidad, en lo precario, en el vacío. Crecía en mí un sentimiento de distancia de la realidad, veía como en una pantalla que alejaba el mundo de la historia y de sus conflictos: aquel que se imagina, y con algún fundamento, como “huésped provisorio”, inevitablemen-

te termina sintiéndose más espectador que actor. Lo mío, desde el inicio, ha sido a menudo un sobrevivir más que un vivir. Comencé pronto a “componer”, casi siempre versos, más raramente prosa; pero sólo en la post-guerra pude comenzar a pensar en una publicación propiamente hablando, porque no estaba en lo absoluto satisfecho de aquello que había escrito, sentía que había descuidado lo más grande, lo mejor, aunque pasándoles cerca. A fin de cuentas, no creo haber sido amamantado por las musas con un don particular, más bien he cortejado largamente el sagrado modelo de las musas o también el mundo banalísimo de las que son tomadas por tales pero en realidad son sólo escorias de milagros, algunos ya vivos en el pasado, otros ya muertos hasta cuando habían sido proyectados como futuro. El de la poesía es un mundo de errores, de alucinaciones, de torpezas, de vueltas al vacío, en el cual se encuentra de todo y muy raramente la pepita, la rama de oro. Sin embargo, todos mis libros han nacido de una necesidad íntima, hasta amenazante, fuera de cualquier “programa”, aún si mi cultura buscaba hacer suyas las instancias que paulatinamente se presentaban en el tiempo. O yo mismo las individuaba a mi manera, en mi quedarme a un lado, bajo un ángulo bastante imprevisible. Y cada libro lo encontraba ya hecho, como una serie de capas de polvo depositadas sobre algo, por una especie de *fall-out* de mínimas y secretas explosiones, que al caer adquirirían un espesor. Así, en cuatro o cinco años, nacían mis libros, muy diferentes entre sí, casi eslabones de una cadena, entrelazados pero al mismo tiempo distintos, descolocados con respecto a los precedentes: incluso si era justamente una revisión, un nuevo enfoque de los viejos temas y del viejo yo, lo que constituía el núcleo que activaba el proceder. Alguien ha señalado un corte violento entre la primera parte de mi obra y la más reciente; pero si bien es cierto que graves traumas han dado origen a esta evidente diferencia, incluso de lenguaje, entre mis obras, creo que existe continuidad entre ellas, justo porque

están estrechamente ligadas por una cotidianidad. No es que yo escriba todos los días, al contrario, dejo pasar incluso largos períodos sin escribir nada, en la más chata escualidez, pero “lo pienso”. Y cuando estos versos, estas palabras individuales o agrupadas comienzan a “quererse”, a nacer, los transcribo, siempre a mano, usando plumas que me den casi la sensación de dibujar sobre el papel o incluso de agujerearlo, de atravesarlo, y acumulo en mi cajón ese material sin saber bien siquiera de qué se trata. Cuando ha pasado aquel periodo que más o menos corresponde a un “gran mes” de la vida, efectúo una especie de control, un reconocimiento de esos materiales, y de improvviso se me aparece el perfil de un libro. Se enciende entonces el título, que para mí tiene un significado de extrema importancia; la semántica del título es reveladora y decisiva. El título nace para mí como individuación de una estructura en medio de un montón informe. Así he visto nacer mis diferentes obras, desde *Dietro il paesaggio*, *Vocativo* y las *IX Ecloghe* a *La Beltà* o *Pasque*, según una dinámica interna, aunque no del todo oscura a mi conciencia y seguramente ligada a elementos inconscientes de extrema prepotencia, de malísima prepotencia. Debo decir que en este sentido mi vida no ha sido fácil y que también mi encuentro con el psicoanálisis y sobre todo con el cruce, o mejor con la cruz formada por el psicoanálisis y la lingüística, ha sido motivado, además de por naturales intereses culturales, por necesidades e impactos violentos en mi vida cotidiana que me han obligado desde hace tiempo a tener que ver a menudo con el psicoanálisis como método de cura. Hoy me siento en la posición de uno que todavía no ha dicho casi nada de aquello que debería haber dicho. Y es una impresión que siempre me ha acompañado: incluso si lo que he hecho, acumulándose, me da la sensación de haber cumplido con cierto deber. *Quod potui feci; faciant meliora potentes*, he hecho lo que he podido, quien pueda que haga, como debe, algo mejor, y me dará alegría leer ese algo mejor. Porque no veo ninguna rivalidad

posible entre aquellos que escriben poesía, si escriben “para” la poesía. Cada presencia es una planta y una flor, un diamante o también una simple piedra coloreada, o un simple terrón de tierra, pero que no podrían no haber llegado, y “con razón”, a existir. Así, aquello que he escrito se ha acumulado fuera de mi alegría o de mi satisfacción. Existía. Este hecho me ha dado, como reverberación, una forma de consuelo, precisamente en el sentido de haber cumplido un mínimo “deber”; pero, repito, siempre he tenido la impresión de dar vueltas alrededor de algo sin alcanzarlo nunca verdaderamente. Sólo a veces, releendo algunas de mis páginas, me parece haber tocado aquella gratitud, gracia o gratitud propia de la poesía, la cual, sin embargo, moviliza en torno a sí, a su no-ser-todavía, tanta necesidad.



St. Barts # 8, 1985-86, tinta sobre papel, 41.9 x 29.9 cm